

ENIGMAS DEL FASCISMO¹

¿Fue el fascismo un fenómeno revolucionario o contrarrevolucionario? Esta pregunta ha sido siempre la línea divisoria central en la literatura sobre éste. Si el fascismo fue revolucionario, entonces su sitio se encuentra junto al comunismo, como variante de la política totalitaria, y ofrece un ejemplo más de los desastres a los que condujeron las revoluciones del siglo xx, con Hitler y Stalin como monstruos gemelos de la época. Si, por otro lado, el fascismo fue contrarrevolucionario, entonces su lugar en la historia europea resulta muy diferente. En lugar de aparecer como advertencia contra los peligros de la ideología revolucionaria, cabe considerar que su éxito en la derrota del socialismo sentó las bases para la expansión del capitalismo liberal-democrático a partir de entonces, con la desaparición de toda amenaza radical al orden burgués en la Alemania y la Italia de posguerra o en la España posterior a Franco. Las interpretaciones del fascismo están, por lo tanto, íntimamente ligadas a diferentes interpretaciones de la historia del siglo xx en su conjunto.

La aparición de dos nuevos libros sobre el tema, uno a cargo de Michael Mann y otro de Robert Paxton, a su manera ambos de gran calidad, ilustran esta pauta gráficamente una vez más. A Mann, el sociólogo histórico más prolífico del mundo, se le conoce sobre todo por su magistral *The Sources of Social Power*², que va (hasta el momento) del Neolítico a la *belle époque*. Recientemente, ha hecho una valoración crítica de la política exterior de la Administración Bush, *Incoherent Empire*. Paxton es uno de los poquísimos historiadores vivos que han alterado manifiestamente la conciencia que un país tenía de sí, con su obra clásica *Vichy France: Old Guard and New Order [La Francia de Vichy: vieja guardia y nuevo orden]* (1972), que no sólo demostraba la amplitud del apoyo social al régimen de Pétain, sino también el punto hasta el cual éste persiguió de manera activa una alianza con el Tercer Reich en vez de limitarse simplemente a cumplir su voluntad. Es difícil que estos dos escritores pudie-

¹ Michael MANN, *Fascists*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, 429 pp.; *The Anatomy of Fascism*, Alfred Knopf, Nueva York, 2004, 321 pp.

² M. MANN, *Las fuentes del poder social*, 2 vols., Madrid, Alianza 1991 y 1997; *El imperio incoherente*, Barcelona, Paidós, 2004. [N. del T.]

ran haber llegado a conclusiones más opuestas. Mann insiste en que los fascistas eran una fuerza revolucionaria que poseía una poderosa ideología, una base social coherente y un conjunto de objetivos característico que a la larga hubiera creado un régimen incompatible con el capitalismo. Paxton sostiene, por el contrario, que el fascismo constituía un movimiento contrarrevolucionario, cuya miscelánea de nociones era intrínsecamente oportunista; que no llegó al poder sino a través de una alianza con conservadores aterrorizados; y que se demostró incapaz de producir instituciones políticas estables o coherentes. ¿Cuáles son los méritos relativos de cada uno de estos enfoques?

El libro de Mann, *Fascists*, es un texto excelente desde cualquier punto de vista. Maneja hábil e imparcialmente una amplia bibliografía empírica, abriéndose camino con cuidado y firmeza —aunque en ocasiones de manera selectiva— a través de la traicionera selva de modelos teóricos rivales. Con todo ello, Mann elabora un argumento central original y bien documentado. Muchos de los puntos fuertes que le caracterizan como sociólogo se despliegan aquí de manera poderosa. Se demuestra excelente a la hora de tratar las dimensiones religiosas y regionales de su problema y, aunque presenta sus propios argumentos con contundencia, procura considerar los méritos relativos de lo que le parecen las alternativas más significativas. Su libro se organiza en dos partes. La primera pregunta por qué «más de la mitad de la región relativamente avanzada del mundo y de Europa, aunque no toda» tomó una dirección autoritaria de derechas después de la Primera Guerra Mundial y, a continuación, por qué, en esta zona, el fascismo surgió como un subconjunto de un movimiento más amplio. Mann conceptualiza el autoritarismo de derechas de la época como un continuo de las variantes moderadas a las extremas, distinguiendo en su interior cuatro tipos de régimen, en función del poder relativo concedido a los poderes ejecutivo y legislativo del Estado y el grado de integración popular en la política. Aunque más articulada que la mayor parte de las demás discusiones del autoritarismo de entreguerras, esta clasificación sigue una lógica básica común a gran parte del trabajo sobre el tema, preocupado por distinguir entre los distintos regímenes de la derecha en Europa meridional y oriental, con frecuencia claramente opuestos a sus propios partidos fascistas locales, y los regímenes fascistas en sentido estricto.

Más peculiar es la explicación que ofrece Mann del ascenso del autoritarismo de derechas y del surgimiento —más localizado— del fascismo, que, tal y como trata de demostrar, no puede entenderse plenamente más que en términos de su modelo «IEMP» de las cuatro fuentes del poder social: ideológico, económico, militar y político. En 1919, las tensiones de la guerra, los trastornos económicos y la llegada de la política de masas habían desestabilizado en mayor o menor medida todos los regímenes europeos. El modo en el que se resolvió la crisis consiguiente, sostiene Mann, dependió de dos factores: la naturaleza de los planes políticos preexistentes y el grado de desarrollo económico en el largo plazo. En los Esta-

dos «duales» —es decir, donde el poder ejecutivo era en gran medida independiente del poder legislativo o donde no existía una alternancia de partidos—, los conservadores, temiendo la participación política de masas, que veían como una amenaza a la «neutralidad» tradicional del Estado, se sintieron tentados a recurrir a un control represivo por parte del ejecutivo. En Estados donde, antes de la guerra, predominaban los parlamentos, la crisis adoptó la forma de una competencia intensificada de partidos. El resultado fue una división del continente entre un Norte y un Oeste democráticos y un Centro, un Sur y un Este autoritarios.

Después de presentar este marco geopolítico más amplio, en la segunda parte, mucho más larga, de su libro, Mann pasa a estudiar seis casos de movimientos fascistas: en Italia, Alemania, Austria, Hungría, Rumanía y España. En ésta, Mann restringe claramente su campo de análisis. El poder ideológico se convierte en el mecanismo central para explicar el ascenso del fascismo *dentro* del área autoritaria. En esencia, Mann sostiene que la ideología fascista prometía una «trascendencia» del conflicto social que poseía un atractivo magnético para un electorado medular «nacional-estatalista» que se encontraba en la tangente de los principales protagonistas del conflicto de clase industrial. Esta afirmación implica dos argumentos negativos igualmente importantes. El primero es que la base social del fascismo de masas era, desde un punto de vista estructural ajeno a las clases, no sólo porque incluía levas de casi todos los estratos sociales, sino, sobre todo, porque se ocupaba principalmente de grupos *fuera* de las principales fuerzas de clase de una sociedad capitalista: industriales y financieros, por un lado, y fuerza de trabajo organizada, por otro. El segundo es que el fascismo no constituía una reacción a ninguna amenaza significativa procedente de la izquierda. El fascismo, por lo tanto, ni era una contrarrevolución, ni tenía sus raíces en antagonismos de clase esenciales. Mann proporciona una gran cantidad de detalles fascinantes sobre los movimientos que éste generó. Pero apenas intenta ofrecer en el libro una descripción de los regímenes que creó, una tarea que deja para obras subsiguientes. En esencia, su libro se queda a unos pasos de las puertas de las formas de gobierno.

La *Anatomy of Fascism*, de Paxton, ofrece un contraste casi completo, tanto desde el punto de vista formal, como sustantivo, con *Fascists*, de Mann. Pese a que su extensión sea más o menos la mitad que la de la obra de Mann, abarca un tramo de la historia mucho más amplio, yendo desde los primerísimos orígenes hasta la caída definitiva de los dos fascismos europeos más importantes en Alemania e Italia, con información incidental relativa a movimientos menores de otros lugares. Al igual que Mann, Paxton domina un abanico extraordinario de materiales y los engrana en un ámbito muy lúcido y manejable. Pero en lugar de una serie de estudios de casos concretos, tratados uno tras otro, Paxton construye una elegante narración analítica, no menos comparativa, pero con un enfoque muy distinto, que produce un argumento central claramente reñido con el de Mann. Las diferencias empiezan con la pregunta central de Paxton. La

Anatomy of Fascism lanza la siguiente pregunta: «¿por qué movimientos [fascistas] de inspiración similar obtuvieron resultados tan diferentes en sociedades distintas?» —es decir, por qué triunfaron en Italia y Alemania, mientras que tuvieron un historial mucho más accidentado o frustrado en otros lugares. No sorprende, dados sus antecedentes formativos, que el *tiempo* esté presente en el centro del estudio de Paxton de un modo que brilla por su ausencia en el estudio de Mann. Pero, de manera menos habitual para un historiador, el proyecto de investigación de Paxton se esculpe desde el punto de vista conceptual de un modo particularmente mordaz y lúcido. El núcleo de su análisis sigue con atención la trayectoria del fascismo italiano y alemán a lo largo de cinco etapas distintas: la creación de los movimientos, su arraigo en el sistema político, su toma del poder, su ejercicio del poder y su trayectoria como regímenes.

Paxton empieza identificando cuatro precondiciones generales que crean el marco idóneo para lo que él llama la «época» del fascismo: la experiencia de la Primera Guerra Mundial, la victoria de la Revolución bolchevique, el ascenso de los partidos socialistas de masas y el surgimiento de un repertorio de temas culturales que exaltaban los valores de la raza, la comunidad o la nación sobre los del individuo y la razón. Recurriendo a un análisis de los grados variables en los que los movimientos fascistas se convirtieron en actores reales de sus respectivos sistemas políticos, este historiador esboza con destreza el éxito italiano y alemán a la hora de insertarse en un conflicto de clase «diagonal» que enfrentaba a los socialistas urbanos (y, en el caso italiano, también rurales) contra los medianos y pequeños campesinos conservadores, frente al fracaso francés en hacer lo mismo. Aquí, el argumento general de Paxton es que para convertirse en una fuerza política significativa, los movimientos fascistas tuvieron que establecer una alianza entre los medianos y pequeños campesinos y algunos elementos urbanos, en el contexto de una democracia liberal débilmente institucionalizada.

La tercera etapa de Paxton se centra más estrictamente en Italia y Alemania y analiza cómo los fascistas, una vez que hubieron echado raíces en el sistema político, consiguieron llegar al poder dentro de él. En ninguno de los dos casos consiguieron el control del Estado por sí mismos, ya fuera gracias a una victoria electoral o a un golpe de Estado armado. En lugar de ello, fueron introducidos en el gobierno por una clase dirigente conservadora. «A Mussolini y a Hitler les invitó a hacerse cargo de la jefatura del gobierno un jefe de Estado, en el ejercicio legítimo de sus funciones oficiales, de acuerdo con el consejo de asesores civiles y militares». Por el contrario, en Rumanía y Austria, donde también se desarrollaron movimientos fascistas de masas, los conservadores los aplastaron o los metieron en cintura. Paxton deja claro que la cuestión crucial era, por lo tanto, la siguiente: ¿bajo qué condiciones se mostraron los conservadores dispuestos a invitar a partidos fascistas de masas al poder? Su respuesta no deja lugar a equívocos. Sólo existían probabilidades de que esto sucediera allí donde éstos se sentían amenazados por un desafío mayor, pro-

cedente de la izquierda socialista, y carecían de la suficiente confianza en el uso de los tradicionales aparatos represivos del Estado.

Paxton pasa entonces a considerar las tensiones existentes dentro de los sistemas fascistas de gobierno, una vez que los movimientos se hubieron instalado cómodamente en el poder. Tres conflictos centrales caracterizaron los regímenes italiano y alemán: tensiones entre fascistas y conservadores, entre dirigente y partido y entre partido y Estado. En Berlín, el primero de estos conflictos se resolvió rápidamente a favor de los fascistas, pero en Roma, a la larga, fue a favor de los conservadores, en parte a causa del papel sostenido desempeñado por la monarquía italiana. El segundo concluyó con mucho más poder en manos del dirigente en Alemania que en Italia. El resultado del tercero inclinó la balanza hacia el Estado en Italia y hacia el partido en Alemania. Paxton termina su comparación analizando la dinámica de los dos regímenes. Concluye que sólo se radicalizaron realmente cuando guerras de conquista abrieron nuevos territorios en los que el partido, liberado de las restricciones del Estado nacional, adquirió algo parecido a un control total sobre el terreno: en Etiopía, en Polonia y en las zonas conquistadas de la Unión Soviética. Al hacerlo, revelaron sus propios límites: millones de personas fueron asesinadas a manos suyas, pero no crearon ninguna administración coherente.

¿Cómo podemos comparar los dos enfoques globales de Mann y Paxton, que ofrecen juicios tan diferentes de la contundencia ideológica, la base sociológica y los regímenes políticos del fascismo? La insistencia de Mann en la importancia decisiva de la ideología fascista le coloca cerca de George Mosse y Zeev Sternhell, que han sostenido que el fascismo poseía una coherencia doctrinal no menos defendible que la de los otros grandes «ismos», en particular, el socialismo. Pero su manera de describirlo resulta, hasta cierto punto, más realista en uno de sus aspectos. «El fascismo —escribe— es la búsqueda de un nacional-estatalismo trascendente y purificador a través del paramilitarismo». A primera vista, esta fórmula parece combinar una ideología (el nacional-estatalismo) con una táctica (el paramilitarismo), pero Mann considera también esta última como un «valor». No puede haber disputas sobre la parte táctica de una definición como ésta. El fascismo clásico inventó la milicia de partido como una forma característica de organización política y esto le dio una ventaja enorme en relación con todos sus rivales. Es un mérito de Mann haber visto esto con más claridad de lo que lo han hecho muchos sociólogos.

Pero el peso principal de la definición de Mann recae sobre las creencias ideológicas en un sentido más tradicional. «Para entender el fascismo —declara—, adopto la metodología de tomar en serio los valores fascistas.» Pocos autores hacen hincapié con tanta insistencia en el poder de la ideología fascista. «El fascismo —se nos dice— fue un movimiento de elevados ideales, capaz de *convencer* a una parte importante de dos generaciones de hombres jóvenes de que podía originar un orden social más armonioso». Un error constante de los enfoques marxistas del fascismo, a juicio de

Mann, ha sido su incapacidad para apreciar la fuerza de atracción de estos ideales, lo cual le ha llevado al callejón sin salida de un análisis de clase condenado al fracaso como sociología *interpretativa* del fascismo. Tales análisis ven el fascismo «desde fuera», una perspectiva que apenas hubiera tenido sentido para los fascistas, que rechazaban las teorías de clase del mismo modo que cualquier otro aspecto del marxismo. Para Mann, el eje de su punto de vista característico era la idea de trascendencia. «El nacional-estatalismo –tal y como él lo plantea– sería capaz de “trascender” el conflicto social, primero reprimiendo a aquellos que fomentaban los problemas y, a continuación, incorporando a las clases y a otros grupos de interés en las instituciones corporativistas del Estado». Esta formulación parece más adaptada sobre todo a la doctrina fascista *italiana* de finales de la década de los veinte y principios de la de los treinta, aunque aquí las fuentes intelectuales no se explican en detalle. Tal y como admite el propio Mann, hay muy poca doctrina nazi que pueda interpretarse como trascendencia de la clase: «la configuración del futuro Reich se dejó en manos de Hitler y él nunca fue demasiado preciso».

¿Hasta qué punto resulta convincente esta explicación de la ideología fascista? Padece de dos puntos débiles. El primero radica, sencillamente, en que si es que la «trascendencia de la clase» desempeñó algún papel en la perspectiva de los camisas negras [SS] o marrones [SA], lo que el fascismo pretendía trascender no era la clase como dato sociológico, sino el modo liberal de institucionalizarla. Las doctrinas italianas, siempre más articuladas que las alemanas, eran bastante explícitas al respecto. Giuseppe Bottai, uno de los principales teóricos del régimen, fue quien expuso la cuestión con mayor claridad. En una colección de ensayos publicada en 1928, aceptó que el conflicto entre intereses económicos era un proceso normal y saludable. El problema era garantizar que no perjudicara o amenazara al Estado. «Cuando decimos que en Italia hay colaboración de clases en lugar de lucha de clases –escribió Bottai– desde luego que no queremos decir que los intereses que dividen a los individuos y a las categorías no existan. El corporativismo es una concepción suficientemente realista como para no caer en semejantes ilusiones.» Aparte de esto, existe también un serio problema cronológico en la explicación de Mann. Antes de finales de la década de los veinte y principios de la de los treinta, hay demasiados pocos datos relevantes de los que podría valerse su razonamiento, incluso en Italia. Resulta difícil escapar de la conclusión de que gran parte de la doctrina fascista fue un asunto postrimero y arbitrario. Esto no significa que la ideología fascista no tuviera importancia. Mann tiene sin duda razón al hacer hincapié en la peculiar fusión del culto a la violencia con una simbología extravagante como elemento hipnótico en el fascismo. Lo que no consigue abordar es la cuestión crítica de la relación característica entre «valores» y acción, entre teoría y práctica, en los movimientos fascistas.

Paxton es mucho más escéptico que Mann con respecto a la coherencia doctrinal que se atribuyen los fascistas. El papel que desempeñan los programas y la doctrina en el fascismo es, escribe, «diferente en esencia del

rol que juegan en el conservadurismo, el liberalismo y el socialismo». El fascismo no apelaba a verdades determinables o universales y, de hecho, con frecuencia, despreciaba la idea de que pudiera existir tal noción de las mismas. Contaba, en cambio, con la movilización emocional tras el carisma de sus dirigentes y la apelación al destino de la raza o la nación. «La integridad del fascismo no depende de la verdad de ninguna de las proposiciones expresadas en su nombre», escribe. En lugar de intentar reconstruir una visión programática coherente a partir de sus aseveraciones contradictorias, arguye Paxton, tiene más sentido trazar el fascismo como función de la estructura cambiante de oportunidades políticas y fuerzas sociales con las que se encontró. No es que fuera en todo momento un fenómeno puramente pragmático. Desde el principio hasta el final, el impulso hacia la dominación nacional y social fue intrínseco a él. Pero del fascismo no salió ninguna estructura filosófica de importancia y su ideología nunca recibió ningún «apuntalamiento intelectual de la mano de ningún creador de sistemas, como Marx, ni de ninguna gran inteligencia crítica, como Mill, Burke o Tocqueville».

El rebajamiento que hace Paxton de la potencia de la doctrina fascista como conjunto de elevados objetivos y convincentes creencias constituye un antídoto eficaz a las idealizaciones que Mann hace de los mismos. Sternhell y otros autores que han operado en la misma línea de razonamiento han intentado desde luego construir impresionantes linajes intelectuales para la ideología fascista. Pero éstos tienden a apoyarse en extrapolaciones forzadas de precursores variados, de Gobineau a Nietzsche, de una época anterior. Una vez en el poder, el fascismo consiguió de hecho atraer por lo menos a dos pensadores de talento que le brindaron legitimaciones: Giovanni Gentile y Carl Schmitt. Pero, en ambos casos, la adhesión fue *ex post facto*. Ninguno de ellos ejerció demasiada influencia en los regímenes a los que sirvió. Por otro lado, esta falta de una teoría sistemática, en contraste con otros sistemas ideológicos, constituía más un síntoma que una definición de la verdadera diferencia entre el fascismo y sus rivales. Ésta residía más bien en el hecho de que el fascismo era, tal y como observaba Paxton, un estilo radicalmente *no programático* de pensamiento político. El liberalismo, el socialismo y el conservadurismo están, en principio, todos ellos basados en afirmaciones cognitivamente enjuiciables sobre el estado presente del mundo y sus posibilidades futuras. Con ellos, resulta natural hablar de una relación entre medios y fines, entre táctica o estrategia y los objetivos hacia los que éstas apuntan.

La ideología fascista no poseía esta estructura. Era, por el contrario, una forma inmanente de «pensamiento» político, en el que las tácticas –sobre todo, la violencia– funcionaban como marcadores de posición para los valores, y no como en lugar de trampolines insertos en un auténtico proyecto político global (al estilo del «nacional-estatalismo orgánico» de Mann). Tal y como lo expresó Gentile, el fascismo «no es una filosofía que piense por sí misma, sino más bien una filosofía que actúa por sí misma y, por lo tanto, una filosofía que no se proclama y se afirma con fórmu-

las, sino a través de la acción». A diferencia del socialismo, el fascismo no pretendía convertir las posibilidades históricas objetivas en un programa político. Tomaba la propia acción como la realización inmediata de su doctrina. Se deduce de ello que una sociología interpretativa que atribuya a las acciones fascistas un conjunto de objetivos globales —«absolutos morales», como Mann los describe— es probable que pase por alto muchas cosas de la naturaleza de la propia subjetividad fascista.

¿Y qué decir de las bases sociales del fascismo? La afirmación más original de Mann estriba en haber localizado, en todos los casos que ha estudiado, un electorado medular específico para el fascismo entre hombres jóvenes muy cultos, empleados públicos y sectores económicos ligados al Estado. Estos grupos, sostiene el autor, constituyeron los portadores naturales de la ideología fascista, porque «desde su posición ventajosa ligeramente apartada, veían la lucha de clases con desagrado, mostrándose partidarios de un movimiento que afirmaba trascender la lucha de clases». A primera vista, apenas puede haber dudas de la magnitud del logro empírico de Mann. Ni siquiera la obra más ambiciosa en el campo del fascismo comparado ha intentado producir pruebas transnacionales sistemáticas sobre la afiliación a partidos y milicias fascistas en seis países. Su libro constituirá una mina de oro para futuros trabajos en el campo en los años venideros. Decir esto no supone asentir a todas las conclusiones que Mann extrae de sus propios descubrimientos. Una serie de advertencias proceden aquí. La primera es, sencillamente, que para que la tesis de Mann se sostenga, éste debe demostrar que lo que denomina grupos medulares «nacional-estatalistas» estaban sobrerrepresentados en los partidos fascistas *en comparación con otros partidos políticos*. ¿Lo demuestra? Reunir pruebas fiables de partidos fascistas en un abanico de casos tan amplio ya es bastante difícil; compilar datos comparables para otros partidos puede parecer casi imposible y, sin embargo, Mann se acerca mucho a tal hazaña. No obstante, los resultados no parecen confirmar particularmente bien su principal afirmación. Como mínimo, cabría esperar que los empleados públicos estuvieran bastante sobrerrepresentados en las filas de los fascistas, en comparación con otros partidos. Pero los datos de Italia muestran que el católico *Partito Popolare* contaba con un porcentaje mayor de ellos que Mussolini. La información de Alemania indica que los nazis tenían proporcionalmente más miembros del partido entre empleados del Estado que los partidos de la izquierda, pero también deja bien sentado que, a finales de la década de los veinte, los partidos no nazis de la derecha contaban con mayores porcentajes de empleados públicos que los nazis. En Hungría, los representantes de la Cruz Flechada elegidos en 1939 tenían muchas menos probabilidades de ser funcionarios públicos que los que ocupaban los escaños del gobierno. El resultado de estos descubrimientos es, como poco, ambiguo, ya que éstos no parecen demostrar que los cuadros fundamentales del fascismo fueran excepcionalmente «nacional-estatalistas». Apuntan, por el contrario, a una conclusión más modesta: que los partidos de la derecha en general tenían éxito entre los electorados ligados al Estado.

Si el argumento positivo de Mann es, por lo tanto, más endeble de lo que parece, ¿qué hay de su afirmación negativa de que el fascismo apenas tenía que ver con la clase? Dado que mantiene que su electorado medular nacional-estatalista sentía cierto «desagrado» por la lucha de clases, este autor parece llamado a demostrar no sólo que nunca se reclutaron fascistas de ninguna de las posiciones convencionales en la estructura de clase, sino también que éstos se mostraban reacios a participar en luchas contra otras clases. Sin embargo, aparte de una discusión muy buena de los conflictos agrarios italianos, las luchas de clases –de hecho, las luchas de cualquier tipo– desempeñan un papel muy pequeño en el libro de Mann, salvo en el caso de España, a la que excluye del grupo de países que generaron un fascismo de masas. Otra manera de presentar el mismo razonamiento consiste sencillamente en hacer la siguiente pregunta: ¿qué estaban *haciendo* los paramilitares fascistas? Aquí la respuesta es ineludible: estaban luchando contra los socialistas y los comunistas y contra las formas de organización de clase que estos partidos habían construido. Mann está desde luego en lo cierto al señalar que la violencia poseía un valor simbólico, así como instrumental, para los fascistas. Pero el hecho evidente es que la principal actividad de sus escuadras consistía en destruir las organizaciones de clase del movimiento obrero. Resulta un tanto extraño sostener, entonces, que los fascistas veían la lucha de clases con desagrado; participaron en ella con violento entusiasmo.

Otro problema del argumento de Mann es que éste, de nuevo con la salvedad de España, restringe en la práctica la consideración de la estructura de clase a los grupos industriales urbanos. Sorprendentemente, la importancia de las estructuras de clase agrarias no se trata con sistematicidad en ninguna parte de *Fascists*. Sin embargo, los estratos rurales han desempeñado un papel destacado en gran parte de las mejores obras marxistas sobre el fascismo desde Gramsci y las luchas de clase en el campo fueron decisivas en la germinación del fascismo, tal y como subraya Paxton. Los pequeños y grandes terratenientes fueron una componente importante del fascismo italiano y alemán, así como austriaco. En Hungría y Rumanía, por otro lado, los movimientos fascistas se introdujeron en la clase obrera industrial hasta un punto que nunca alcanzaron más hacia el oeste, pero no consiguieron atraer hacia sí ningún apoyo significativo de los grandes terratenientes. Mann sugiere que el apoyo proletario a la Cruz Flechada y a la Guardia de Hierro puede vincularse con el papel del Estado en el desarrollo industrial producido en estos dos países, que hizo que la clase obrera pasara a formar parte del núcleo nacional-estatalista. Pero ¿estaba el Estado menos implicado en el desarrollo económico italiano y alemán? Parece poco plausible.

Sin embargo, la fuerza de la argumentación de Mann se encuentra en otro lugar. Hungría y Rumanía ocupan una posición crucial en su teoría global del fascismo. Después de todo, en estos países aparecen las pruebas decisivas contra las explicaciones marxistas del fascismo u otras interpretaciones basadas en la clase, dado que no sólo no existió en ninguno de ellos

amenaza alguna procedente de la izquierda, sino que además la propia fuerza de trabajo se alistó libremente por la causa de la «trascendencia» nacional-estatal. En este sentido, la Cruz Flechada y la Legión del Arcángel San Miguel constituyen la *pièce de résistance* [plato fuerte] de toda la argumentación empírica –y teórica– de Mann. En este punto, sin embargo, su enfoque comparativo, estático en lo esencial, revela sus defectos, porque lo que ignora es la interconexión temporal entre los diferentes casos que ofrece para el examen. Los movimientos fascistas en Hungría y Rumanía no empezaron a cuajar hasta que el nazismo hubo llegado al poder en Alemania y la influencia y el prestigio del régimen de Hitler se difundieron por toda Europa del Este. Dado que surgieron mucho después de la destrucción o la parálisis de los movimientos socialistas en sus respectivos países, pudieron –tal y como observa el propio Mann– funcionar como sucedáneo de la protesta obrera, más que como primera línea de defensa contra ella, bajo regímenes autoritarios conservadores que dejaban poco espacio o ninguno para la existencia de una izquierda política. Pero precisamente porque *no* cumplían la función histórica clásica del fascismo, nunca llegaron al poder, ya que el orden social dominante no tenía ninguna necesidad real de ellos. De modo que, como era de esperar, ni la Cruz Flechada ni la Guardia de Hierro desarrollaron ningún tipo de organización paramilitar de gran importancia. En su momento máximo, la Segunda Guerra Mundial permitió que esta última anidara durante unos meses dentro de la dictadura de Antonescu, antes de ser aplastada por ella; y que los miembros de aquella sirvieran de apoderados alemanes de última hora, antes de que el Ejército Rojo tomara Budapest. En efecto, los casos húngaro y rumano no pueden soportar el peso intelectual que Mann deposita en ellos. Su propia desviación de la norma italo-alemana ilustra, en lugar de rebatir, la lógica clásica que Mann quiere refutar.

Paxton no comete semejante error. Sin poner en primer plano la cuestión de la base social del fascismo, proporciona una imagen notablemente diferente de sus cimientos. Tanto en Italia como en Alemania, sostiene este autor, las alianzas entre los terratenientes urbanos y rurales constituyeron la clave de la capacidad de los movimientos fascistas de «echar raíces» en el sistema político. Allí donde faltaron cualquiera de estos elementos –estratos urbanos de derechas radicalizados o una clase terrateniente aterrorizada– el fascismo no consiguió arraigar. Paxton no ofrece en ninguna parte el tipo de datos sistemáticos en los que es tan rico el libro de Mann, pero al centrarse en la intersección de los conflictos de clase rurales y urbanos, brinda un marco más satisfactorio para entender la dinámica de ascensión del fascismo en las dos sociedades europeas en las que triunfó –así como los motivos de su fracaso en la Francia de entreguerras– que la noción vaga y excesivamente ampliada de nacional-estatalismo.

Pero la diferencia más fundamental de las propuestas de los dos libros es el papel que conceden a la amenaza revolucionaria de la izquierda. Tal amenaza aparece recalcada en la explicación de Paxton del ascenso del fascismo en los países donde éste consiguió triunfar. «Resulta esencial –escri-

be— recordar lo real que parecía la posibilidad de una revolución comunista en Italia en 1921». Del mismo modo, este autor insiste en que la victoria de Hitler en 1933 sólo puede entenderse sobre el trasfondo de la expansión del voto comunista en Alemania a principios de la década de los treinta. Esto contrasta claramente con el rechazo por parte de Mann de la amenaza roja como variable objetivamente significativa (aunque las clases pudientes reaccionaran aquí y allá de manera exagerada ante ella). Para Paxton, por el contrario, este peligro determinó la aceptación desde arriba del fascismo en el poder por parte de los conservadores. Donde no lo hubo, los intentos paramilitares de tomar el poder desde abajo por parte de los fascistas se vieron invariablemente aplastados, no sólo en Europa, sino también en otras partes y aquí este historiador cita la represión que Vargas lanzó contra los camisas-verdes en Brasil y podía haber añadido otros fracasos semejantes en Japón. Incluso después de la conquista nazi de la mayor parte de Europa, el propio Hitler no tenía más confianza en los entusiastas fascistas locales que otros políticos autoritarios del periodo, puesto que apenas había necesidad de ellos. Sólo en Croacia, no incluida en el recorrido por lo demás exhaustivo de Mann, permitió Berlín la gestación de un fascismo autóctono hecho y derecho.

Por último, pero no por ello menos importante, ¿cuál es el valor respectivo de estas dos obras como retratos de los regímenes fascistas? Desde cierto punto de vista, la pregunta es injusta, puesto que Mann no intenta exceder con sistematicidad el ámbito de los movimientos, prometiendo tratar sus resultados en el poder en un siguiente volumen. Pero dado que esa segunda parte, explica el autor, se ocupará de una taxonomía general de los tipos de limpieza étnica moderna, no está claro en qué medida complementará *Fascists* en este sentido. Más importancia tiene, sin embargo, el hecho de que Mann parezca dudar de que un análisis global del fascismo en el poder sea realmente posible, debido a que «una explicación de los regímenes fascistas estará en gran medida limitada a dos casos. El análisis comparativo no puede manejar un número tan pequeño». Esta afirmación parece perversa. Dado que Alemania e Italia fueron los dos únicos casos en los que se produjo el tránsito de los movimientos fascistas a regímenes fascistas, ¿no es probable que su *comparación* disciplinada con otros casos en el seno de la mitad autoritaria de Europa y, en particular, con aquellos casos en que hubo fascismo de masas que *no* produjeron regímenes fascistas, reporte importantes resultados? La manera que tiene Mann de conceptualizar su problema le impide plantear la cuestión de cuándo y por qué los movimientos fascistas de masas pudieron lograr el poder estatal. Resulta sorprendente la poca atención que reciben en el libro de Mann la Marcha sobre Roma o el *Machtergreifung* [«asalto al poder»] nazi. El motivo de esta ausencia es que la explicación de los movimientos fascistas y la explicación de los regímenes fascistas son temas históricos diferenciados, dado que, después de todo, cuatro de los seis casos de Mann fueron movimientos que existieron bajo regímenes que, de acuerdo con su propia descripción, eran corporativistas, no fascistas. El hecho es que, con independencia de la composición social de estos movimientos, sólo dieron lugar a regímenes allí

donde los tradicionales titulares del poder estuvieron dispuestos a cedérselo. Por paradójico que parezca, entonces, aunque Mann proporciona una abundancia sin precedentes de material sobre los fascistas, nos dice sorprendentemente poco sobre el fascismo.

Uno de los motivos de ello puede residir en su postulado inicial de que el fascismo fue un fenómeno revolucionario, a partir del cual Mann deduce que los regímenes fascistas, de haberse podido desarrollar en su forma pura, hubieran instaurado un tipo específico de sociedad poscapitalista. Esta afirmación conduce a un desfase peculiar en el libro, en el que el funcionamiento real de estos regímenes sólo ocupa un lugar marginal del análisis. En la medida en que trata el fascismo, en lo esencial, como un *movimiento* impulsado por objetivos ideológicos, Mann puede esquivar la realidad pragmática de su dominio. En uno de los pasajes más extraños del libro, escribe: «al analizar el fascismo, la expresión más extrema de la familia autoritaria, no estoy analizando tanto los regímenes reales como los regímenes futuros imaginados por los movimientos fascistas más amplios». Semejante planteamiento hace imposible identificar el fascismo como un conjunto concreto de instituciones políticas. Este problema aparece con especial claridad en el intento de Mann de comparar el fascismo con otros tipos de régimen autoritario, que reporta formulaciones tan impenetrables como la siguiente: «el fascismo marcaba una discontinuidad en la medida en que invertía el flujo de poder, dado que añadía un movimiento de masas “de abajo a arriba”, centrado en el paramilitarismo y el electoralismo, mientras al mismo tiempo incrementaba también los poderes coercitivos ejercidos desde arriba». Lo que quizá resulta más sorprendente en esta vaga circunvolución es la ausencia de referencia alguna al complejo partido-Estado característico de los regímenes fascistas clásicos.

¿Qué hay detrás de este sorprendente fallo de conceptualización en un sociólogo de la talla de Mann? Puede que una de las respuestas resida en su compromiso con la idea de tratar al fascismo como una fuerza revolucionaria inspirada por objetivos ideológicos trascendentes. Como los regímenes fascistas —con sus Estados híbridos, que dieron lugar a compromisos con las elites conservadoras y, con frecuencia, a acuerdos caóticos— claramente no instauraron nuevos órdenes sociales, producen cierta incomodidad para esta visión. Puede que funcione también un factor disciplinario. Los regímenes fascistas resultan difíciles de comprender dentro de las categorías normales de la sociología política, porque el mejor modo de entenderlos no es como un conjunto fijo de instituciones, sino por el contrario como una masa cambiante, en la que proliferan los centros de poder rivales y los compromisos *ad-hoc* y en la que cuesta mucho discernir pautas estables de interacción.

El libro de Paxton deja ver esto de manera muy convincente. En dos capítulos ejemplares, rastrea los modos en los que se distribuía y ejercía el poder de manera variable bajo Mussolini y Hitler, examinando cuatro agentes distintos: el dirigente, el partido, el Estado y la «sociedad civil» (de

la que con frecuencia se cree, equivocadamente, que había desaparecido). Una de las mayores fortalezas de la descripción resultante es su demostración de lo importante que es la periodización en cualquier comparación de los regímenes italiano y alemán. En contra de lo que dicen los estereotipos populares, Paxton muestra que, en sus primeras etapas (hasta 1924), el fascismo italiano era *más* violento que su homólogo alemán, del mismo modo que el *Partito Nazionale Fascista* tenía en un principio una posición más fuerte frente a Mussolini que el *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* con respecto a Hitler. Más adelante, estas relaciones se fueron invirtiendo, a medida que el *Duce* consolidaba su poder y tendía cada vez más a subordinar el partido al Estado —confiando en la burocracia tradicional para su represión policial (muy eficaz), en lugar de contar con aparatos especialmente creados y dirigidos por el partido, como en Alemania—. Por el camino, Paxton ofrece un vívido retrato de los diferentes estilos de los dos dictadores en la década de los treinta: «Mientras que Mussolini trabajaba duro durante largas horas en su escritorio, Hitler seguía permitiéndose el diletantismo bohemio y perezoso de sus días de estudiante de letras», rehuendo a los ministros, no recibiendo con frecuencia a sus ayudantes, haciendo caso omiso de asuntos de Estado urgentes, ensimismado en caprichos y ensueños personales.

¿Había entonces alguna constelación común de instituciones fascistas? Paxton ofrece en lugar de ello una imagen que llama la atención: «Los regímenes fascistas funcionaban como un epoxi: una amalgama de dos agentes muy diferentes, el dinamismo fascista y el orden conservador, unidos por una enemistad compartida contra el liberalismo y la izquierda y una voluntad compartida de no detenerse ante nada para destruir a sus enemigos comunes». La sugerencia de una infirmitad institucional endémica se ve reforzada por el análisis de Paxton de la radicalización final de cada uno de estos regímenes. Fue precisamente en esta fase, en medio de una guerra continental generalizada, en un momento en el que los jefes de partido controlaban considerable territorio y cabría haber esperado que cristalizaran algunas formas de dominio menos mixtas, cuando el desorden se desplegó en grado sumo. «El fragmentado sistema administrativo nazi —escribe Paxton— dejó libres a los radicales, que no tenían que rendir cuentas ante nadie y podían realizar sus más siniestros impulsos. El Führer, que se encontraba por encima y fuera del Estado, estaba dispuesto a recompensar la iniciativa en la jungla de la administración nazi de los territorios orientales ocupados».

La propia Solución Final fue en parte, tal y como demuestra Paxton, el resultado de una serie no coordinada de expulsiones de población llevadas a cabo por los sátrapas del partido en el Este. Nada podía estar más lejos de la imagen de una ideología coherente aplicada por una máquina burocrática con una sola cabeza. Hans Mommsen pensaba que el nazismo tenía una «tendencia inherente a la autodestrucción» y que no era casualidad que los regímenes fascistas «puros» nunca se institucionalizaran. El carácter radicalmente antiprogramático de la ideología fascista mili-

taba contra ello. El epoxi era un pacto de dominio, no una constitución: Hitler se mostraba tan indiferente a las formalidades de ésta que nunca se molestó siquiera en anular la carta de la República de Weimar.

Aunque la *Anatomy of Fascism* de Paxton proporciona una visión de conjunto admirable de las trayectorias respectivas del fascismo italiano y alemán, no obstante, falta en ella una dimensión fundamental de la «época del fascismo», al igual que falta en *Fascists*, de Mann. No hay ningún análisis del imperialismo en ninguna de las dos obras. Y, sin embargo, la guerra industrial de masas fue al mismo tiempo una condición decisiva y una consecuencia de los movimientos y regímenes fascistas. Tal y como escribe Paxton, «la guerra jugó un papel circular en los regímenes fascistas. Los primeros movimientos fascistas echaron sus raíces en una exaltación de la violencia agudizada por la Primera Guerra Mundial y la práctica de la guerra se demostró esencial para la cohesión, disciplina y energía explosiva de los regímenes fascistas». Pero ni él ni Mann explican de dónde venía la guerra de principios del siglo xx. Mann aborda los orígenes de la Gran Guerra en el segundo volumen de su libro *The Sources of Social Power*, mientras que Paxton demuestra lo cruciales que eran las consideraciones sobre el imperio allende los mares para el cálculo del poder en la Francia de Vichy. Pero, aunque Paxton subraya con acierto la localización del fascismo en las potencias derrotadas o frustradas en 1918, el contexto global de competencia interestatal –evidentemente tan fundamental en el estallido de la Segunda Guerra Mundial como en el de la Primera– juega un papel nimio en las explicaciones del fascismo de ambos autores.

Este fallo tiene un efecto común en la conclusión de ambos libros. Después de tantas diferencias, los dos terminan coincidiendo por completo en que es imposible que se dé nada parecido al fascismo histórico en el mundo capitalista avanzado de hoy en día, debido a la solidez esencial de la democracia liberal en esta región. Cada uno mira a continuación fuera del centro capitalista en busca de las analogías más próximas al fascismo de entreguerras. Aunque América Latina, el antiguo bloque soviético, el centro o el sudeste asiático parezcan ofrecer el terreno más favorable para un fascismo futuro, tanto Mann como Paxton adoptan una perspectiva mesurada y escéptica sobre las posibilidades de que reviva siquiera allí. Estos juicios resultan bastante convincentes. Pero ninguno de los dos escritores explica con exactitud por qué debería ser así, porque ninguno logra –por lo menos aquí– registrar las diferencias geopolíticas fundamentales existentes entre el periodo contemporáneo y la época fascista. El fascismo histórico surgió en una era de imperialismo y de revoluciones, en la que el capital y el Estado-nación eran estructuras simbióticas; la fragmentación del mercado mundial después de 1914, en medio de un giro general hacia el proteccionismo, la autarquía y el militarismo, preparó el camino no sólo para formas extremas de nacionalismo violento, sino también para la Gran Depresión.

Pero, tal y como se señala con frecuencia en las páginas de esta revista –el último en hacerlo fue Giovanni Arrighi–, desde 1945, la economía

política básica del mundo capitalista ha diferido profundamente de la del periodo de entreguerras. La integración mercantil y el imperio monocéntrico, en lugar de la autarquía y los imperialismos plurales, caracterizan ahora la zona capitalista avanzada. No hay equivalente contemporáneo a la carrera armamentística entre potencias capitalistas rivales o a la presión por incorporar a las masas inquietas a través del nacionalismo extremo de la primera mitad del siglo xx. ¿Y qué decir de la semiperiferia, que tanto Mann como Paxton identifican como el caldo de cultivo más probable para nuevas formas de fascismo? En estas regiones, especialmente en el subcontinente indio, una situación de Estados-nación más o menos equilibrados y de rivalidad geopolítica sugiere algunas analogías con la década de los treinta. Lo que falta, sin embargo, es una amenaza procedente de una clase obrera o de un campesinado radicalizados. En India, el BJP ascendió al poder, en cambio, gracias al vacío político creado por la erosión del Partido del Congreso, en un contexto de triunfo global del neoliberalismo. Al final, la historia quizá sea más simple de lo que nos harían creer Paxton o Mann. El dominio de Estados Unidos tanto en el centro capitalista como en la semiperiferia es lo que ha suprimido cualquier posibilidad cercana de regreso del fascismo, tanto eliminando la amenaza de una sociedad más allá del capital, como reorganizando las relaciones entre las propias potencias capitalistas en función de criterios estrictamente pacíficos. Cuánto durará la *Pax Americana* es, no obstante, una cuestión que queda en gran medida sin resolver.